



III

El drama del paseo de Bucaseli

DUEGO que llegamos á la azotea, nos entregamos los dos á una contemplación silenciosa por algunos instantes. Extendíase á nuestros pies la ciudad de los aztecas con sus cúpulas y sus innumerables campanarios caprichosamente iluminados por la luna. Muy cerca de nosotros la catedral proyectaba sobre la Plaza Mayor la doble y gigantesca sombra de sus torres; y detrás de la masa majestuosa de cúpulas y de flechas estaba la campiña con los vapores blancuecinos que salían de los lagos, amontonándose en torno de la ciudad, cual para ceñirla de una aureola luminosa.

El licenciado fué el primero en romper el silencio con algunas preguntas acerca de nuestro importante asunto. Al responderle me esforcé en llevar la conversación á un terreno que le pusiera en el caso de franquearse bastante conmigo. Ya parecía inútil mi empeño cuando una extraña casualidad vino en mi ayuda.

Resonó de repente el tañido lejano de una campa-

na, cual quejido misterioso entre el triste silencio de la noche. A este sonido movió la cabeza don Tadeo con algo de zozobra y luego ocultó el rostro entre las manos, pareciéndome que palidecía. Cogióme de repente la mano con brusco movimiento, y me dijo:

—¿Oye V. esa campana?

—Sí, y si no me engaño, es que en el covento de las Bernardinas tocan la oración de los agonizantes.

—¡Vámonos! ese sonido me hace daño.

—¿Y por qué irnos tan pronto? ¿No prefiere usted esta hermosa luna á los quinqués humeantes del garito que acabamos de dejar?

El licenciado permaneció un rato silencioso. Indudablemente el tañido de aquella campana ejercía sobre él una influencia extraña. Al cabo me dijo:

—Es que nunca oigo esa campana sin que pasen ante mis ojos, como terrible pesadilla, los más tristes episodios de mi vida; y nada le sorprenderá á usted cuando sepa el suceso que me recuerda.

—Vivamente deseo conocerle.

—Hace diez años, en 1825, ocurrió en Méjico una tentativa de asesinato. Como esos crímenes vienen siendo frecuentes aquí no se hubiera fijado la atención pública en aquél, á no ser por las circunstancias singulares que le acompañaron: en las primeras horas de la mañana, y en el paseo de Bucaseli, cuando aun está desierto, se había situado un coche de alquiler en uno de los sitios más retirados. El cochero se apeó, alejándose discretamente, como si adivinase el motivo de aquella salida matinal, pero sin perder de vista el carruaje.

¿Quién iba dentro? Las cortinillas, cuidadosamente corridas no permitían adivinarlo, pero se supo después que era una joven de sorprendente belleza, la cual, cediendo á la vanidad criolla, se había adornado para aquella ocasión con las más preciosas de sus joyas, con diamantes magníficos. Había querido apa-

recer tan rica como hermosa, y era, á pesar de tal riqueza, todavía más hermosa que rica.

Pasaron unos instantes, se presentó un hombre embozado en ancha capa se aproximó á la portezuela, la abrió y volvió á cerrarla precipitadamente. Era demasiado frecuente un caso de esa naturaleza para que llamase la atención del cochero; así es que se tendió en el cesped á la sombra de los álamos y quedóse dormido. Cuando despertó continuaba el coche en el mismo sitio, solo que por la sombra de los árboles conoció que el sol terminaba su carrera, precisamente la hora en que el paseo empezaba á llenarse de gente. Asombrado de haber dormido tanto acudió corriendo al carruaje y llamó, y viendo que nadie le respondía abrió la portezuela. Y vió á la joven exánime, al parecer y tendida sobre los almohadones. La sangre que inundaba el fondo del carruaje le manaba de una ancha herida, causada indudablemente por el puñal de algún bandido. La desventurada había encontrado un ladrón, en vez de un amante, y el robo sucedió al asesinato.

Los gritos del cochero atrajeron gente y un médico declaró que aún vivía la víctima. En seguida de efectuar la primera cura la condujeron al convento más inmediato, que era el de las Bernardinas.

Pero si fué eficaz el celo de los médicos para volverla á la vida no lo fué el de la justicia para encontrar al asesino. Primeramente prendieron al cochero, y tuvieron que ponerle en libertad por falta de pruebas. Después fué preso un joven español, cuyos obsequios á la criolla no eran un secreto para nadie; estaba enamorado de ella y supo al mismo tiempo la traición y la muerte de la que pensaba hacer su esposa. Estuvo á punto de volverse loco, y al cabo de un año también fué puesto en libertad por falta de pruebas, pero salió de la carcel arruinado por las costas del proceso y privado el corazón de sus más gratas ilusiones.

Supo entonces que aun vivía la que le hubiera engañado, pero que había renunciado al mundo, profesando en el mismo convento donde la llevaron después del lance del paseo. El español renunció á verla, pero no á vengarse.

La justicia mejicana no pudo descubrir al asesino pero él juró aclarar aquel misterio tenebroso.

Al llegar aquí suspendió el licenciado su relación; la campana de las Bernardinas seguía tocando y le afectaba hondamente aquel toque de agonizantes. Luego continuó:

—Supongo habrá adivinado V. que ese español soy yo. La verdad se fué abriendo paso por entre las tinieblas, y tuve en mi dolor un alivio harto amargo aún. No era el amante favorecido el ladrón que intentó asesinarla, pero éste había escrito la carta á nombre de aquél y con indicios de tal certeza que ella cayó en el lazo, mientras el amante nada sabía de la cita en el paseo. Evidente la traición de aquella mujer ya no me corría prisa encontrar al bandido miserable, sinó al amante afortunado: busquéle, tuvo el atrevimiento de jactarse de lo que manchaba la honra de aquella mujer, le reté á muerte y...

—¿Le mató V.?

—Y no pudo volver á jactarse más. Desde entonces empezó en mi vida un período agitado y lleno de sombras para el que no me conoce bien. Quería distraerme á toda costa, á causa del escepticismo que me helaba el corazón. Bajo el pretexto de ejercer mi profesión de jurisconsulto salía al encuentro de los sucesos como procuraba conocer á los hombres, singularmente á los malvados, penetrando hasta en sus guaridas. Desde entonces no se cometió en Méjico un crimen cuyo autor no pudiera señalar á la justicia en caso de necesidad: las sociedades más secretas de malhechores dejaron de ser un secreto para mí. Tal vez haya oído V. hablar de la cuadrilla de los *ensebados*...

—¡Ahl sí, los más terribles, unos bandoleros desnudos ¿no es así?

—Y que llegada la noche, untaban sus cuerpos de grasa y se lanzaban sobre los transeuntes aislados. Como se escurrían de ese modo facilísimamente, uno solo de esos bandidos podía escaparse de las manos de varios agentes vigorosos. Pues bien: yo conozco al jefe de los *ensebados*; no ha salido nunca de Méjico, y podría descubrirle, si fuese necesario. Le cito á usted un ejemplo únicamente, cuando pudiera referirle mil. Dedicado sin temor á esta vida de incesantes investigaciones, adquirí una experiencia que me hizo el terror de esos miserables. Mi vida también corrió peligro, y más de un bandido trató de deshacerse de un vigilante incómodo; pero el haber castigado á algunos, cual merecían, y el haber servido á otros, y á veces á esos mismos castigados, con mi conocimiento de las leyes, me han hecho respetar y temer de esa gente, y me han dado la influencia que ejerzo sobre los más temibles asesinos de Méjico. Me valgo de ellos, como V. ha visto, para servir á las personas honradas que necesitan de mi ayuda.

—Como sucede conmigo, le respondí estrechándole la mano. ¿Y no ha descubierto V. al que trató de asesinar á la criolla?

—Sí, y hubiera podido entregarle á la justicia; pero usted comprenderá que ese malvado ya no debía inspirarme tan grande indignación, puesto que á su puñal debía yo el descubrimiento de la amarguísima verdad que tan cuidadosamente se me había ocultado. Por otra parte, á fuerza de vivir en contacto con los malos, me da por compadecerlos más que por odiarlos. Llegué hasta procurarme en su perversidad un arma temible para el término de ciertos negocios, respecto á los cuales la justicia mejicana resulta impotente. Aquel mismo criminal, que inconscientemente ejerció en mi existencia tan decisivo influjo, es

para mí uno de esos instrumentos, que podría romper con una palabra, pero que prefiero emplear al servicio de mis numerosos clientes.

—Y á pesar del desengaño y de una vida tan ocupada, el efecto de esa campana me revela que no se olvida V. de la monja.

—¿Qué quiere V.? La había amado tanto que por fuerza queda algún rescoldo. No la he vuelto á ver, mas recibo noticias tuyas por conducto seguro, y sé que hace mucho tiempo sufre una enfermedad incurable. Por eso me impresiona doblemente ese tañido de agonizantes.

En esto se abrió la puerta de la azotea, y Navaja, el de los ojos vizcos se acercó á nosotros como una sombra. Estaba pálido de terror y volvía atrás la cabeza con inquietud. Venía como fugitivo.

—¡Es el diablo mismol murmuró recatándose contra la baranda para tomar aliento.

—¿De quién hablas? le preguntó don Tadeo.

—¡Del *yanqui!* Está vaciando su tercera botella y entona lo que llama su canto de guerra: es un indio feroz cubierto con la piel de un blanco. Cuenta todas las cabelleras que ha arrancado, todos los asesinatos que ha cometido. ¿Y creará V. que se propone añadir la piel de mi cráneo á su trofeo de escalpelador? Repito que ese hombre es el demonio y que apesta á sangre.

—¡Te has vuelto muy escrupulosol... ¿Desde cuándo te repugna el olor de la sangre?

Una alusión hecha al atentado del paseo acabó de explicarme la amarga ironía de las palabras del licenciado. Tenía delante de mí al que había hundido su puñal en el pecho de la desgraciada, cuya muerte acaso la campana nos anunciaba entonces.

Iba á replicar Navaja, pero le hizo enmudecer la mirada severa, fría y penetrante del licenciado, que continuó:

—No tengas miedo á John y vete, que iré yo enseguida.

Bajamos, en efecto, y el descomunal y furioso yanqui se humilló de nuevo ante don Tadeo, que ya me parecía un domador de fieras. Me acompañó hasta la Plaza Mayor y se despidió de mí ofreciendo que no tardaría en darme noticias satisfactorias de mi asunto. Al retirarme á mi casa de la calle de la Monterilla aunque iba realmente esperanzado con las ofertas de persona tal, no dejaba de abrigar alguna inquietud, pensando que si un domador nos admira con el valor, la destreza y la sangre fría, es á veces víctima de sus fieras.

